

LO DEMAS ES POESIA

DE LAS ESTATUAS

I

Era lento aquel tiempo, lo pintaban
ocre y trasluz, tan pardo triste.
Como mantón luciente de Manila
que mi madre vistió tardes de mayo
lentamente tendido en los espacios: mira púrpuras,
viejo cobre que cubre la jornada
avaradamente de Venecia a Chioggia.
¿Era acaso telón que mueve el gran Goldoni,
códice aureo o sol facsimilar que acompañara
la tristeza a Tiziano?
Asciende el Gran Canal, vístete un nombre,
mano en el pecho: si Goethe o Byron.
Acto primero. La Fenice: glorias,
dichas de humano dios, tuyo el destino.
Muévase el mar, mármoles giran.
Que es la ciencia aquí el arte. ¡Representa!
Sueños la tarde ya.
Vida y escena.

II

¿Golpe de mar y al corazón un látigo? Mas se hacen
de roncas bofetadas de la mar los besos.
Blancas terrazas del Excelsior: yo oigo
orientes en la arena, vivos mantos
de estatua.
¿Qué fue la luz, la mansamar, sin ti, roja trirreme?
(Sólo la eternidad en sol del aire,
nunca sin mar la gloria, nunca
sin Bizancio el amor).
Marcho a Burano como quien emprende
viajes al cielo, hacia el olimpo, a labios
de una diosa remota.

III

"Passa la nave mia con vele nere".

G. Carducci

Aquí, de tarde, junto al Ponte del Vin te paseabas
como un dios de otro tiempo.
Traje en negro, también zapato negro,
lazos al cuello negramente.
Tan fúnebre la góndola que va:
miran, te ven, te dicen
hombre y mortal, acaso
ángel de estatua.
Así, noche marina o quizá bronce:
como un dios de otro tiempo.

IV

Quédate y déjame
gozos de ti, distancia triste.
Ponte a mi vera y a mi sombra dile
nombres de estrella.
Canto fueron y nombre las regiones
dichas palabras
(Arquá Petrarca: todavía
rosas florecen).
Mírame, huele
dolores de mi voz
(Tiempo: licor
o sangre enamorada).
Llevo certezas en mi piel,
vive el deseo, brilla
dura piedra y testigo.

Venecia, septiembre de 1986

REMOTA LUZ PRIMERA

1

Opito Bay

Para Fiona Taler

Una vez yo dormí en Opito Bay,
allá por Coromandel, en Celandia
la Nueva, por el Sur, luz naciente.

Un ojo se escapaba a Isla Mercurio y la memoria
coral o concha de Santiago navegaba
hasta el alba del mundo.

Ser o dormir, ser o soñar, cruces del Sur,
un astro o nave.

Viene la mar a mí; doble es la noche.

Ruge la espuma como viejo viejo ruge
golpes el corazón.

Cubre el mundo la mar. Se ahora y muere
blanco manto de ovejas. Si cabriolas,
bajan las nubes y sus ubres viajan.

Y viajo yo, ya Océano Pacífico,
altamente mortal contra las aguas.

Sueños yo soy: Opito Bay.

Abro nuevo el cristal a Isla Mercurio,
allá por Coromandel, tan austral
la asombrada alegría de mi tiempo.

2

Winroy

Para Sally Harvey

Yo conocí un caballo, era Winroy,
castaño, apacentándose
de estrellas en la hierba.
Yo saludé en inglés y él levantó los grandes ojos
negros, lentos en hermosas praderas.
Era por Clavedon, cerca el Océano,
norte y Bahía azul, Nueva Zelanda.
Rey y señor de latitudes mansas:
miles de ovejas como blancas piedras, mudo
paraíso de lanas.
No oí la voz. Ritos de sol y lluvia. Océano
Pacífico.
Una amazona, su acendrada dueña,
le habla de mí: que vengo
de tierras tan lejanas como antípodas,
que hay caballos también, lana en las cercas,
perros de blancas plumas y obedientes
a la voz de su amo.
Salúdanme también viejos espíritus,
suspiros maoríes en los árboles,
antes de irse a la mar, su seno y noche.
¡Mar Maraetai!
Adiós, manso Winroy, que guardes
la paz de estas colinas, crezcan
el néctar y el aroma para ti. Que seas
primero en el estadio. Tú, la fiesta.
Sepa yo siempre de tu heroico
corazón imbatido.

Nueva Zelanda, marzo de 1988

COMO MAR DE TRISTEZA ERA LA ESTATUA

*Para Miguel de Unamuno,
a los cincuenta años de su muerte.*

No quedará tu estatua en la ciudad,
no irá tu busto a la hornacina, ya entregado
a pálidas tristezas de amarillo
(Museo o muerte pública).
Acaso, cuando pasen, oigan
rumores de tu voz, tan viejo esfuerzo
al códice, adivinen
noches de luna y página, tan blancas.
Quizá al mirar los árboles, los cauces
del Duero, Tera, Tormes, Tajo,
allí, en Zamora, en Candelario o Gredos,
cercado de castaño o robledal,
Sanabria o Soria,
así también tomillo o madreselva,
dulce llantén, tan suavemente
romero.
No, no quedará tu estatua en la ciudad:
la luz de invierno,
un trigo o seno del espacio en junio.
No, no amé la piedra, al vendaval tan firme,
quíseme al filo del alero, ojo a la fiesta.
Miré las sombras del amor,
palpe los miedos por abril, muchacha al fuego.
No quiero estatua ni ciudad: yo vi a Unamuno
de frente a la pared, eternamente.
Ni busto ni ciudad, marchó en el remo
hacia el día del ave.

Octavio UÑA JUAREZ